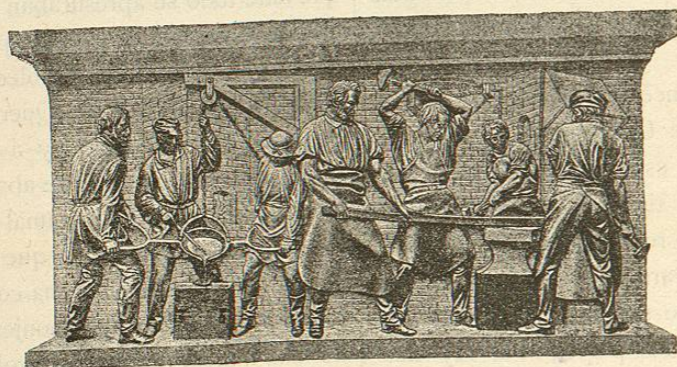


hombre ignorante, y uno de los que atizaban la discordia con más insolente obstinación. De la misma manera que esta institución se parecía á la Congregación francesa, de la misma manera toda la apariencia del país recordaba la de la Francia meridional bajo la dominación tiránica y anárquica de los realistas de 1815. Absolutamente como esos últimos, los apostólicos españoles se daban aires que parecían decir que eran ellos solos y no los extranjeros quienes habían dado al rey su libertad. Aun como en Francia, las opiniones más acérrimas y más sanguinarias buscaban un apoyo en el heredero presuntivo de la corona, en don Carlos, cuando el rey les parecía mostrarse sobrado dócil á los ex-

tranjeros en las concesiones que se veía obligado á hacerles.

»En un principio, todas las medidas llevaban el tinte del fanatismo religioso de esos hombres que eran los más exaltados del partido realista. Durante su viaje á Madrid, ordenó el rey en Lebrija, —6 de Octubre, —fiestas expiatorias para borrar los ultrajes hechos al altar, y exequias á la memoria de los realistas que habían sucumbido, —9 de Octubre. — Antes de entrar el monarca en la capital, se convirtió la horrible tragedia de la ejecución de Riego en una victoria de los zelotas que estaban ebrios de sangriento placer. Aprovechando el profundo abatimiento en que había caído, —6 de Noviembre, —



Bajo-relieve del monumento de Beuth von Kis, en Berlín (obra de Fr. Drake)

arrancóse á Riego una declaración autógrafa en la cual pedía perdón por sus crímenes revolucionarios, declarando al mismo tiempo que deseaba morir en el seno de la Iglesia. El rey, una vez llegado á Madrid, iba todos los días á visitar á nuestra Señora de Atocha, para alucinar al pueblo sobre sus sentimientos piadosos. Sin embargo, también como sucedió en 1815 en Francia, fueron los extranjeros quienes intervinieron al descubrir los primeros indicios de esa marcha teocrática y fanática de las cosas, y que en tan poco tiempo fué tan lejos, que los mismos agentes austriacos se llenaron de inquietud al ver que los apostólicos de España, los congreganistas de Francia, y los zelotas de Italia, se entendían entre sí y formaban una liga secreta y sospechosa, encaminada á la realización de absurdos proyectos.

»Luis XVIII escribió, —últimos de Octubre, —al rey Fernando, y recordándole su propia carta de 23 de Julio de 1822, le exhortaba á reanimar las antiguas instituciones españolas. Varias veces insistieron los diplomáticos sobre la necesidad de proclamar una amnistía, pero en lo que opusieron su veto formal y absoluto, fué al restablecimiento de la inquisición. Pero el rey no hizo el menor caso de la

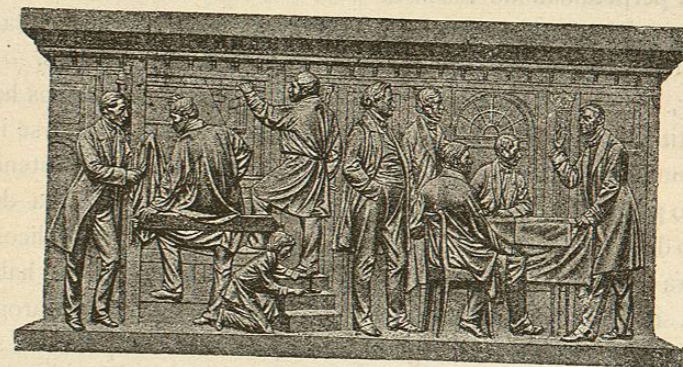
carta del rey de Francia, porque la influencia de Francia había sido reemplazada por la de Rusia que mostraba mayor conformidad con los sentimientos absolutistas de Fernando. Fué á Madrid el conde Pozzo di Borgo con una comisión extraordinaria, —28 de Octubre, —pero sin mostrarse ni tan presuntuoso ni tan desdenoso como Chateaubriand: y no solo hizo esto, sino que no descuidó entrar por las solas vías que podían darle alguna influencia en la Corte de España. Reanudó con el famoso Ugarte las relaciones que los antiguos embajadores rusos habían mantenido en Madrid, y por medio de este hombre consiguió derribar á Saez y reemplazarle por el marqués de Casa Irujo, y al morir éste al poco tiempo, consiguió darle por sucesor al conde de Ofalia.

»Chateaubriand, lleno de furor y de celos al ver este predominio de Rusia, entró en la liga con impetuosa, para modificar ese nuevo ministerio. Talarn, su embajador, y Bourmont, su comandante militar en Madrid, de acuerdo con los Creus y los Castaños, los abogados de la inquisición, procuraron formar un ministerio realista puro; pero Ofalia compró las buenas gracias de Talarn, reconociendo

á Francia un anticipo de treinta y cuatro millones, y supo alejar á Bourmont que desaprobaba esta conducta; sin embargo, el rey, que daba oídos á esas rivalidades de sus libertadores, los engañó á los dos. Volvió á su antiguo sistema que consistía en elegir á sus ministros entre hombres de diferente color político, para que unos vigilaren á los otros, y á quienes desautorizaba haciéndoles marchar ora en una dirección ora en otra, según las necesidades, lo mismo contra los fanáticos que contra los moderados, lo mismo contra los extranjeros que contra los constitucionales, cuando no era contra unos y otros á la vez.

»Penetró ese sistema y secundólo el ministro de

Gracia y Justicia, Calomarde, que se elevó al rango de ministro favorito, y quien supo mantenerse siempre en su puesto, á pesar de los numerosos cambios ministeriales de esos años. Habíasele escogido, —17 de Enero de 1824, —para que sirviera de contrapeso á la moderación de Ofalia; disfrutaba de la confianza del partido apostólico y se mostraba vis á vis de los jefes de este partido y del rey tan humilde y tan rastrero, como insolente y altanero contra sus subordinados. Verdad es que este hombre no pudo restablecer la inquisición á despecho de las potencias; sin embargo, no dijo nada, cuando los más celosos de entre los obispos la reanimaron sin decirlo, en sus diócesis, bajo el nombre de juntas de



Bajo-relieve del monumento de Beuth von Kis, en Berlín (obra de Fr. Drake)

la fe. No pudo oponerse enteramente á la prometeda amnistía, pero retardó su proclamación cuanto le fué posible. Cuando, con motivo de las reiteradas y continuas instancias de Francia, dióla, en fin, —20 de Mayo, —habíase desfigurado de tal modo el proyecto de Ofalia en el cuarto de don Carlos, que esta ley se convirtió, por lo contrario, en una ley de proscripción que arrojaba del país á un gran número de hombres, que hasta entonces se habían creído seguros.

»Hubiérase igualmente dicho que fué una victoria de la influencia rusa, la caída de Ofalia al disgustar á Ugarte, —12 de Julio, —y al subir al poder Zea Bermúdez, un hombre improvisado por el mundo comercial, cuya fortuna había principiado á hacer en San Petersburg, en 1811: profesaba en Cádiz un liberalismo violento; pero ahora pasaba por ser un moderado y en París había ofrecido montes y maravillas. Sin embargo, este nombramiento no impidió que las relaciones entre España y Francia se agriaran de nuevo y que el terrorismo no se hiciera más violento. Una tentativa insensata, hecha por algunos refugiados desesperados para levantar en Tarifa la bandera de la revolución, —3 de Agosto,

—provocó de nuevo la sed de sangre de los realistas. Las comisiones militares dependían del ministro de la Guerra, Aymerich, hombre de una gran brutalidad, que trabajaba con el furor propio de los tribunales revolucionarios. En menos de tres semanas, —24 de Agosto al 12 de Setiembre, —fueron entregadas á la muerte ciento doce personas consideradas como conspiradores. Poco tiempo después, publicó el gobierno, —9 de Octubre, —un decreto que respiraba venganza y que no se hizo insertar en el diario oficial por temor del efecto que causaría en el extranjero. Declarábase en su primer artículo culpables de alta traición y sujetos á la pena de muerte, á todos aquellos que, desde 1.º de Octubre de 1823, se habían presentado como enemigos del trono, ya fuera tomando las armas, ó haciendo actos de protesta. Venían incursos en esta disyuntiva, según el artículo noveno, todos los miembros de una sociedad secreta que no se denunciaran espontáneamente, y todos aquellos que, aunque fuera estando embriagados hubiesen dado ó dieran gritos de viva la libertad ó la Constitución. El artículo séptimo permitía á los miembros de los tribunales apreciar libremente y como mejor lo entendieran,



las pruebas que se presentaban á cargo ó descargo de los acusados.

«Algunos días más tarde,—11 de Octubre,—se promulgó otro Real decreto, aún cuando hubiese prometido el rey, al recobrar su libertad, mantener todas las leyes fundamentales del reino, por el cual se abolía el último rastro del antiguo derecho que había tenido el pueblo español de elegir sus municipios «á fin de que desaparezca para siempre jamás del suelo español hasta el más remoto pensamiento de que pudiera residir la soberanía en otra parte que en la persona real.» Esta profesión franca y renovada del despotismo puro fué completada por una resolución ulterior,—19 de Abril de 1825,—que declaraba, por decirlo así, la perpetuidad de ese sistema insensato. Decíase «que el rey estaba resuelto á conservar en toda su plenitud los derechos legales de su soberanía, sin entregar, ni ahora ni nunca, la menor parte á cortes ó á instituciones parecidas que repugnan á las leyes y costumbres españolas.»

Pero con esto y todo no pudo Zea calmar ni satisfacer el furor reaccionario del partido apostólico que conspiraba contra él para derribarlo, porque Zea, por absolutista que fuera, sentía remordimientos por las víctimas liberales que se hacían cada día, dígalos la muerte del Empeinado á quien se ejecutó después de dos años de estar encerrado en dura prisión,—19 de Agosto,—pero lo más triste es que el Empeinado fué ejecutado para demostrar la sinrazón de los ultra-realistas que se habían levantado para derribar á Zea y conseguir un gobierno más francamente realista.

Zea había sabido sacarse de encima á Ugarte á quien había mandado de embajador á Cerdeña; había sabido reemplazar á Aymerich por Zambrano que era más humano, y había mandado á provincias generales menos sanguinarios y había suprimido los consejos de Guerra permanentes, y hé aquí lo que el bando teocrático juzgó digno de una protesta armada. Bessieres la acaudilló eligiendo para teatro de la guerra,—el de su antigua gloria,—á Brihuega, pero Bessieres confundió los tiempos. No todos deseaban los extremados rigores que él reclamaba con las armas en la mano, y abandonado á la persecución del Conde de España, otro francés como él, á quien hemos visto furioso liberal, y ahora se nos revela furioso absolutista y amigo de Fernando á quien gustaba por sus rigorismos de que hacía víctima á la propia familia, y por su animadversión profunda por la clerigalla toda, Bessiers perseguido y acosado y derrotado fué hecho prisionero por el Conde que lo mandó al patíbulo,—26 de Agosto,—

pues Fernando tenía la mano tan dura para sus partidarios como para sus enemigos.

Zea había triunfado, pero esos triunfos son fatales para los ministros, y luégo don Carlos y Calomarde no podían dejar de decir á Fernando VII que la manera mejor de prevenir tales alzamientos que debilitaban la causa del rey, era separar del gobierno al que les daba pretexto, y en efecto, Zea fué separado,—1.º de Octubre,—sustituyéndole el viejo é inepto duque del Infantado.

Es en estos momentos en que vuelve á encaramarse la reacción desenfrenada cuando los hermanos Bazan creyéndose que por sí solos bastaban para hacer la revolución, aparecen en las costas de Alicante,—Febrero de 1826,—para pagar cara su tentativa, y dar pretexto á la reacción para campar de nuevo por sus respetos.

Sin embargo los tiempos habían marchado y Fernando principiaba á sentirse indeciso. Francia le pedía cada día con más insistencia que diera una Carta á su pueblo, como acababa de hacerlo el rey Pedro en Portugal, y los apostólicos presentían que iba á llegar el momento en que habían de caer vencidos por el mismo rey: así trataron desde luego de reunirse y concertarse para ver si no había ya llegado el momento de asegurar la Corona de España en la cabeza de Carlos, aún cuando á éste ni siquiera en sueños se le había ocurrido semejante idea, pues hasta aquí había vivido en la mejor armonía con su hermano.

Fernando puesto al corriente de lo que se tramaba por los apostólicos, se valió desde luego de ellos para negarse á acceder á las pretensiones de Francia. Pero ese juego es peligroso, y Fernando VII pudo convencerse de ello, pues no tardaron Calomarde y el Conde de España en simpatizar con los conspiradores evidentemente para guardar sus puestos, y el *Angel exterminador* lanzó el 1.º de Noviembre un escrito *sobre la necesidad de elevar al trono al infante Carlos*, mientras en la Granja acreditábase el rumor de que Fernando estaba resuelto á ceder su corona á su hermano, hasta el punto de que ya los guardias de corps prestaban á éste honores soberanos.

Revelaba esto bien claramente la audacia del bando apostólico, resuelto á hacer algo más serio de lo que hizo cuando el desgraciado pronunciamiento de Bessieres.

Había en España una comarca dispuesta á secundar los deseos de los apostólicos. Los que en 1822 se habían levantado en Cataluña por el rey y habían sufrido los rigores de *Mina*, se consideraban *agraviados* por la conducta que con ellos había tenido

Fernando. Verdad es que durante este tiempo los había dejado el rey que satisficieran sus venganzas á su gusto y que mil ochocientos veintiocho liberales, según comunicación de la Audiencia de Cataluña, habían caído para apaciguarlas, en lo que se había distinguido principalmente el clero, ¿y cómo no, si en Tarragona estaba el ex-regente de Urgel, y en Tortosa ocupaba su sedé episcopal desde 1825, el furibundo Saez á quien se le había dado esa compensación por la pérdida de su cartera ministerial? pero esto no les bastaba á los agraviados, lo que ellos querían era el poder y ese poder se disponían á obtenerlo por las armas.

Aparecieron durante los meses de Abril y Mayo, las bandas realistas acaudilladas por Jep dels Estanys, pero un indulto las disolvió después de haber advertido á los que las componían, que el rey condenaba aquel movimiento: pero en Julio reapareció Jep con gente adicta, con la gente de la conspiración, bien que afectando todavía su adhesión al rey, á quien se quería libertar de sus carceleros.

Fernando tuvo en esta ocasión el único momento de arrojo y previsión política de su vida, pues sobre mandar á Cataluña al Conde de España, para que los realistas recordaran el fin de Bessiers, él se vino tras de su general. España, con esto, no tuvo gran cosa que hacer, y los realistas se dispersaron y escondieron como pudieron. Los más prudentes de ellos y los más comprometidos procuraron ganar la frontera, pero los que se dormían al pasarla despertaban camino del patíbulo; así sucedió á Jep dels Estanys, que fué preso dentro de la misma Francia y fusilado en Olot en 13 de Febrero de 1828.

Pero ahora se repitió el mismo infame juego que llevó al Empeinado á la muerte. El conde de España, que había hecho sentir su dura mano á los realistas, les dió ahora la compensación de ver cómo se la hacía sentir á los liberales, principiando en Barcelona, nada afecta al partido realista, ese gobierno del Conde de España que nuestros padres han recordado siempre con dolor é ira, pues no hay atrocidad, ni violencia, ni atropello, ni escándalo, que no tenga su ejemplo en esos aciagos días en Barcelona.

En la misma época en que el rey salía para su ejército de Cataluña, salían de España los últimos soldados de la ocupación francesa, pues cuarenta y circo mil hombres se había quedado de los de Angulema para ser mudos testigos de las infamias de Fernando y de su partido.

¿Qué había conseguido Francia con esa ocupación? ¿Qué ventajas propias había alcanzado? ¿Qué

principios, qué derechos había asegurado? Durante cinco años ha pedido en vano á Fernando que diera una Carta á sus súbditos, y Fernando por equidad no lo hizo, pues si no quería que se dijera que cedía á la presión de su pueblo, ¿cómo había de autorizar la expresión de que había cedido á las sugerencias de los extranjeros? Ni aún cuando Chateaubriand pedía á su embajador que se considerase como rey de España y se impusiera, ni aún en aquellos momentos quiso ceder el rey, y si Chateaubriand no se hubiese hecho despedir vergonzosamente del gobierno, por haberse hecho el protector de una amiga suya arruinada que compró papel de los empréstitos constitucionales no reconocidos por Fernando y cuyo reconocimiento instaría Chateaubriand en momento oportuno, hubiera sido cosa de ver la lucha entre el zorro rey de España y el inconstante ministro que al ver la obra suya en España, iba maldiciendo su destino y protestaba de su adhesión al sistema liberal y constitucional.

La neutralidad de Inglaterra, impuesta por la necesidad que sentía Canning de no dar á Alejandro un pretexto para intervenir entre turcos y griegos, nos valió resultadamente la pérdida de América, pues no pudiendo declarar prohibida, ó contrabando de guerra, la pública exportación de armas á España en favor de Francia, tampoco podía impedirle á las colonias de América, sobre las que estuvo vigilando siempre atentamente, recelando que Francia no buscara en ellas una compensación.

Fué necesario que Canning hablase más ó menos claramente sobre el verdadero carácter de su política exterior, para que el pueblo inglés dejase de ser su enemigo y le estimara como un hombre de Estado. Nada conseguía Canning cuando en plena Cámara hacía votos por el triunfo de España exponiéndose á los duros y elocuentes apóstrofes de Brougham, pero cuando Canning dió á comprender que no había más que dos políticas á seguir, la que convenía á los intereses de los pueblos, ó la que convenía á los intereses de Inglaterra, Inglaterra siempre práctica, declaró que Canning había hecho bien. Que intervenir en favor de España, era llevar á los rusos á intervenir en favor de los griegos y en contra de Turquía que defendía ahora sus intereses mejor que no los suyos propios. Cuando esto reveló Canning, quien esperaba vengarse del Congreso de Verona y de Francia cuando despertaran los pueblos, lo que él vió claro y próximo desde el primer día en que principió la Santa Alianza su obra de iniquidad contra la libertad de los pueblos meridionales; los ingleses, ya lo hemos dicho, saludaron en



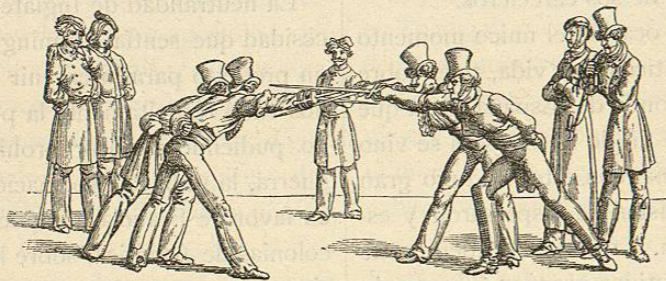
Canning á un hombre de Estado destinado á influir en el mundo y á asegurar el predominio y el progreso de Inglaterra, porque la política en los pueblos septentrionales, rara vez movida por sentimientos generosos, confía en el tiempo y lee en el porvenir con mayor seguridad que la política de los pueblos meridionales.

Canning, sin embargo, nunca pudo ser popular en Europa, y solo los ingleses pueden estar satisfechos de su política cuando, cruzados de brazos du-

rante los sucesos á los que podrían imprimir otra dirección, se limitan á restregarse las manos de contento al final, diciendo que aquel final lo tenían ya previsto.

Inglaterra, durante todo ese período de luchas y de martirios para alcanzar el régimen político que ella disfrutaba, demostró hasta dónde llega la insensibilidad británica.

Nosotros no creemos que lo hayan olvidado los pueblos de Europa.



Desafío entre estudiantes alemanes



## CAPITULO XVII

### INSURRECCIÓN Y REGENERACIÓN DE GRECIA

El reino de España y el imperio otomano.—Situación política de Turquía.—Condición de los rayas.—Los cristianos latinos se interesan por la suerte de los griegos.—Los cristianos griegos de Rusia se interesan por la suerte de sus correligionarios de Oriente.—Ensayos de reformas en Turquía.—Usurpadores musulmanes.—Pasvan Oglou y los dehis de Servia.—Alí-Pachá de Janina.—Mehmet-Alí.—Los vahabitas.—Los montenegrinos.—Los suliotes.—Los serbios.—Los principados danubianos.—Konstantinos Ypsilantis.—Los Armatolos griegos.—Vuelos de la prosperidad material.—Reacción de la prosperidad material sobre la cultura intelectual.—Centro patriótico del helenismo científico.—El filohelenismo antes de la insurrección.—La cuestión de origen.—Carácter moral del pueblo griego.—Los griegos esperan obtener de nuevo socorros de Rusia.—La hetairia.—Alí-Pachá nombrado firmanli por la Puerta.—Alejandro Ypsilantis á la cabeza de la hetairia.—Ypsilantis en la Rusia meridional.—Insurrección en Valaquia.—Ypsilantis en Valaquia.—Relaciones de los insurgentes con Rusia.—La catástrofe en Valaquia.—La catástrofe en Moldavia.—Fin de Georgakis.



OMPLÁCESE Gervinius en un paralelo sobre la grandeza y decadencia de España y de Turquía que no tiene significación alguna. Que no se olvidó la católica España en medio de su grandeza y de la conquista de América del progreso de Turquía, aquí están para demostrarlo las empresas de Carlos I contra Africa y la batalla de Lepanto que destruyó para siempre el poderío marítimo de Turquía. Fueron otras potencias las que se olvidaron de su deber de potencias cristianas y católicas, que de haber hecho todas lo que sólo España hizo, esa tremenda cuestión de Oriente que á todas horas amenaza la paz general de Europa, haría siglos que estuviera resuelta.

Gervinius no ve cuan lleno de inexactitudes está su paralelo. No está Inglaterra con España, como Rusia con Turquía en los pasados tiempos. Rusia interviene siempre que Austria se agita; Inglaterra no se agita cuando interviene Francia en España. Es Francia la que se convierte en nuestra jurada enemiga porque la tenemos rodeada. Francia quiere

romper el círculo que hemos trazado á su alrededor con nuestras armadas, con el Milanesado, el Franco Condado, Flandes y Bélgica. ¿Pero á qué insistir? Si entrambas penínsulas aparecieron grandes á un tiempo, y á un tiempo se presentan decadentes, á lo menos no se dirá que España haya tenido necesidad como Turquía del extranjero para conservar su independencia; y no es esto sólo; aún hoy se escribe que Europa debió muchísimo más al heroísmo de los españoles que á la tenacidad de los ingleses; el resultado de la guerra de la Independencia de España contra Napoleon, y la Independencia de Europa.

Apoyándose la gloria y el poderío turco en la espada militar y en las predicaciones de sus sacerdotes, al plegar el pueblo osmanlí las banderas de su religión intolerante, dejaba indefenso el guion de sus generales. Por fortuna Turquía había podido ganar mucho durante los siglos XV y XVI, y por mucha prisa que se diera en gastar lo que había ganado, había de pasar siglos antes no se viera arruina-